

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 22 DE MAYO DE 1910.

NÚM. 125.



## EL PEQUEÑO HÉRCULES

(HISTORIA EJEMPLAR)

I

Mañin Night, el *Pequeño Hércules*, alcanzó un éxito tan afortunado como excepcional la noche de su presentación en el Gran Circo de Olimpia, de Chicago, la ciudad maravillosa del Norte de América, la *Poscópolis* del mundo, por ser su principal industria la de la matanza y salazón de cerdos.

Ayuntamiento de Madrid

Masin Night, un chiquillo aún, endeble de cuerpo y paliducho, causó enorme sensación de asombro en el público, que le veía realizar los más estupendos y arriesgados ejercicios de fuerza y de agilidad; sus músculos parecían tener la resistencia del acero mejor templado; los espectadores, llenos de emoción y de entusiasmo, aplaudieron frenéticamente al pequeño Hércules, merecedor de su alias.

Entre los que presenciaban el *debut* de Masin hallábase Roberto Day, un mozálbete que contaría los mismos años que el gimnasta. Acompañábase el ayo, un señor de edad indefinible, vestido de negro, rígido y silencioso como un muñeco de palo, condición antipática que se juzga como la más recomendable en el preceptor de un príncipe, porque, aun cuando el apellido Day no figure en el *Almanaque de Gotha*, dedicado á las casas reinantes, el papá de Roberto era un rey... á la americana.

Y así como entre los grandes acaparadores de la industria y del comercio, en los Estados Unidos, uno es el rey del oro, otro el del carbón, otro el del petróleo, otro el de los ferrocarriles, según la clase de negocio en que llegó á encumbrarse sobre todos sus cofrades, al papá de Roberto conocíasele por el rey del embutido, por ser el supremo árbitro de cuantos chorizos, morcillas, embuchados y salchichones se fabricaban en Norte América, exportando á todos los ámbitos del mundo la sabrosa producción de sus fábricas.

Era este rey poseedor de una fortuna de Nabab, que, según noticias, son los que mayores riquezas poseen en la tierra. No os figuréis, hijos míos, que por su tipo y el pingoso negocio mercantil que traía entre manos pareciese á cualquiera de nuestros tocineros ó choriceros; era un gran señor, así como suena, y aun cuando andaba siempre metido entre cerdos, siempre se ofrecía con refinada pulcritud y exquisita elegancia; vivía en uno de los más suntuosos palacios de Chicago; su quadra era famosa; admirable su galería de cuadros; sorprendente el número de automóviles, y la servidumbre adecuada al fausto y esplendor de un multimillonario que sabe gozar de sus millones.

\* \* \*

Roberto salió del circo preocupadísimo. Acompañado de su preceptor, que le seguía rígido y silencioso como un autómatas, llegó á su palacio, se encerró en sus habitaciones particulares, y en vez de acostarse en su magnífica cama, se tendió, vestido como estaba de riguroso traje de etiqueta, en una *chaise-longue*.

Cerró los ojos, no para dormir, que no sentía sueño, sino para reconcentrar mejor su pensamiento acerca de su desgracia, porque el señorito Roberto juzgábase terriblemente desventurado al comparar su suerte con... la de Masin Night, el pequeño Hércules que acababa de admirar en sus prodigiosos y funambulescos ejercicios.

Seguramente que, como á mí me parece, os parecerá á vosotros el colmo de la locura que un señorito que vive como los príncipes envidie la existencia de un pobre diablo de artista de circo; pero por algo Roberto Bay era yanqui é hijo de un multimillonario, cualidades ambas que justifican las mayores extravagancias, porque todos hemos conve-

ruido en que lo más extraordinario y fuera de sentido común sólo puede ocurrírsele á un norteamericano.

El hijo del rey del embutido sintióse aquejado de un deseo irresistible de trocar su palacio por un circo, y su envidiable vida por la azarosa de los saltimbanquis.

¿Que tal ansia resultaba ridícula y estrafalaria en grado sumo?

Indiscutible.

Aquel niño talludito que desde la cuna se vió mimado excesivamente por la hada de la riqueza, sentíase hastiado de tanta felicidad como le rodeaba siempre.

Le sucedía lo que á aquel buen hombre que viendo comer perdices en casa de un rico, juraba que el mayor placer suyo sería el de poder comerlas á diario; el rico tuvo la humorada de complacerle, dándole á comer perdiz por mañana, tarde y noche. A los pocos días, el pobre hombre pedía por Dios no le sirvieran más perdices, porque, con sólo verlas, sentía morir de asco.

\* \* \*

Roberto Day celebró una entrevista con Masin Night.

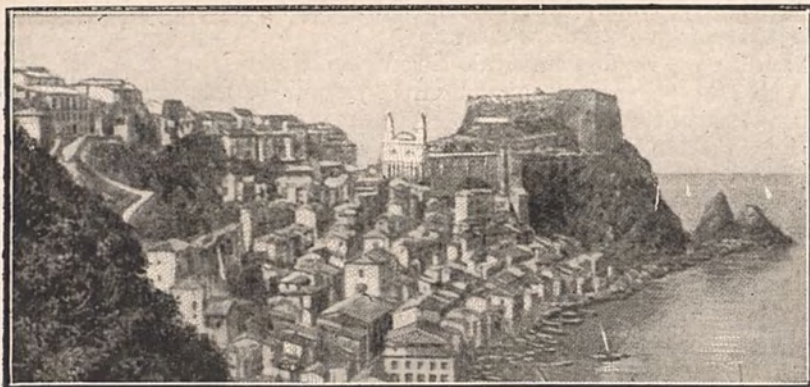
El almibarado señorito, con frases calurosas, expresó su admiración hacia el pequeño Hércules. ¡Qué vivir más alegre y pintoresco el suyo! En cambio él, el hijo de un multimillonario, se aburría terriblemente. Masin, que le escuchaba sorprendido, abrió la boca de puro asombrado al oírle decir con toda formalidad:

—Créeme; esto de comer todos los días platos exquisitos, que te prepara uno de los más famosos cocineros del mundo; beber Champagne á pasto, ir á todas partes en automóvil, disponer de parque propio para pasear y de un gran estanque para embarcarte, jugar á todos los juegos deportivos con camaradas de tu igual, tener un preceptor y un centenar de criados, la cartera llena de billetes de Banco, y poder satisfacer todos los caprichos que á uno se le antojen, son cosas inaguantables, á cuyo solo recuerdo los nervios se me crispan. Tu vida es mejor, cien veces mejor que la mía: tú vives, yo muero; tú eres libre, yo soy un esclavo.

Masin Night, convencido de que su interlocutor era un gran chiflado, movió incrédulamente la cabeza, protestando de la afirmación.

El pequeño Hércules suspiró irónico al oírle afirmar á Roberto que la vida de los saltimbanquis era mejor que la de los millonarios... Pero, ¿qué idea se había formado aquel señoritín de los artistas de circo, seres, al fin y al cabo, sin casa ni hogar, que viven errabundos y miserablemente al día con el sueldo mezquino que les proporciona un trabajo casi siempre peligroso...? ¿Que el público los aplaude...? Bien, ¿y qué? Aplauden á los que tienen la suerte de complacerle; pero, ¿y á los que silban...? Además, el ruido de los aplausos no disminuye la serie de humillaciones ni el continuado batallar contra la envidia de los compañeros, los cuales sienten tanto más odio cuanto más celebrado es un camarada.

*Continuará.*



## MODIFICACIONES SUPERFICIALES DE LA CORTEZA TERRESTRE

### EROSION

#### IV

Entre todas las variaciones que á simple vista pueden apreciarse en la superficie de la tierra, ningunas tan sorprendentes y de efecto más intenso que las ocasionadas por la acción del mar. Esta relación, que hace de los terrenos que aquél baña un motivo constante de pérdida y empequeñecimiento, se conoce con el nombre de erosión marina.

Fácil es deducir que esta clase de erosión tiene lugar adecuado para desarrollarse, no pudiendo existir más que en los puntos en que el Océano y las islas y continentes se hallan en contacto. De aquí resulta que su esfera es más limitada que la de la erosión aérea y la pluvial, que intervienen en todo el planeta.

La *zona litoral* es la faja á que únicamente somete el mar á su efecto destructor, y sus límites hállanse marcados por la amplitud de las mareas (oscilaciones de la masa de agua producidas por su avance ó retroceso sobre las partes emergidas), que siempre está en armonía con el desnivel del terreno y con el Océano, punto del globo ó época del año de que se trate. Cuando aquél tiene un nivel muy bajo y una horizontalidad grande, la marea penetra muy al interior (15 kilómetros en algunos casos), lo cual no sucede si la inclinación del plano continental es pronunciada. La marea puede oscilar en ocasiones hasta 15 metros en sentido vertical. Las dos oscilaciones, horizontal y vertical, que unas veces cubren y otras dejan en seco una franja costera, constituyen la *zona litoral*, ó sea la tierra, que tan pronto está encima como debajo del agua.

El hecho que primero reveló la existencia de la erosión marina, fué la comprobación, que fácilmente hubo de hacerse, de la inestabilidad ó mudanza de la *zona litoral*. Esta modificábase y retirábase por grados, en virtud de la descomposición que en las rocas causaba el agua de la lluvia, penetrándolas muy adentro y preparándolas para sufrir con es-

caso vigor el empuje del mar, que luego acababa de despedazarlas y arrancaba bloques inmensos.

Las olas, y de éstas más aún las que estallan con ruido y violencia, son, por consiguiente, el medio característico de ataque con que el mar ejecuta su labor de moldear las costas. Según cálculos hechos para determinar la potencia del choque de las olas, resultan presiones de 30.000 kilogramos por metro cuadrado, sin olvidar que cuanto menos profundo es el mar más pequeñas son las olas, y menor, como resultado de ello, la presión que desarrollan. Dichas fuerzas aumentan cuando se trata de olas producidas por grandes tempestades, y entonces sus efectos son más considerables.

Son las tempestades algo semejante á lo que en los continentes las crecidas de los ríos; pero su energía es limitada, pues se afirma que la agitación ó movimiento de las capas de agua, aunque sean tan grandes que engendren olas elevadísimas, cesa al llegar á cierta profundidad (70 metros), y la presión queda reducidísima á insignificante distancia de la superficie.

Contribuyen, además, á estos fenómenos las corrientes tan rápidas que en los estrechos ó en los golfos formados por la desembocadura de un río causan las mareas, cuya velocidad en la superficie llega en ocasiones á ser de 15 kilómetros por hora, arrastrando á su paso arenas y partículas constitutivas al cabo del tiempo, de depósitos arenosos.

Una circunstancia que eficazmente defiende las costas de la erosión marina es el crecimiento de la vegetación propia de esos lugares. Las algas tapizan y recubren buena parte de los puntos vulnerables, ó más atacados por el mar. suavizando, sobre todo en sitios rocosos, la labor de la erosión.

En gran número de casos el agua transporta piedras de escaso volumen, y siempre arena, que arroja con fuerza, valiéndose de esos materiales como de pequeños proyectiles, que perforan y agrietan las peñas, contribuyendo á la demolición lenta del macizo litoral.

El aspecto que generalmente presentan las regiones acantiladas (de rocas cortadas á pico) prueba con claridad el poder del oleaje, con las hendiduras horizontales que se descubren formando una especie de canal á todo lo largo, y que no son otra cosa que líneas de fractura suficientes para que, en el momento en que sean mayores y penetren más, produzcan el desprendimiento de masas rocosas que el mar acaba de pulverizar cuando caen bajo el agua. Si á esto se añade la erosión pluvial que desagrega las rocas, aislando sus elementos componentes y agrietándolos en sentido vertical, ó sea perpendicularmente á las anteriores, con lo que la pérdida de cohesión del peñasco es más grande y su destrozo más próximo, comprenderemos los resortes considerables con que la Naturaleza actúa siempre para modificar las líneas continentales, en perjuicio de la parte sólida del globo, que no posee verdaderos recursos que la preserven de la acción del mar.

JUAN ANTON.



RELATOS DE CAZA

## EN EL PUESTO

Cuando palidecían las estrellas, y la aurora, asomándose al balcón del Oriente, empezaba á esparcir por cielos y tierra su riente y plácida claridad, ya estaba Antón en el monte metido en el puesto, que parecía un brocal de mal unidos pedruscos. Tenía la escopeta al alcance de la mano, y para hacer más llevadero el tiempo de la espera, fumaba filosóficamente, viendo cómo el humo, al salir de su boca, se deshacía en caprichosos retorcimientos y movibles curvas. Sobre él, y arraigada entre dos grandes rocas, levantábase una silvestre higuera, que con la naciente primavera estaba tan verde y tan rozagante, que daba bendición contemplarla. En cuanto la Naturaleza se vió sorprendida por los resplandores aurorales, comenzó un espectáculo maravilloso. Las flores entreabrieron sus corolas y dieron al viento sus más puros y ricos perfumes; irguiéronse las hierbecillas; se desperezaron los árboles con leve susurro; trinaron en ellos mil pajarillos, y un arroyo, remontándose aquí y despeñándose allá, cantó con perladitas y cristalinas notas, mientras que, sobre su bulliciosa linfa, danzaban mariposas y libélulas.

Antón, sin entretenerse en admirar estas maravillas, que eran para él pan de todos los días, dió principio á sus tareas venatorias tocando con notable maestría un reclamo de codorniz que á prevención traía

consigo. Ni por un momento pasó por su mente que era tiempo de vedá. La fortuna ayuda á los audaces, y si el hombre, cuando emprende cualquier asunto, fuera á pararse en minucias, nunca llegaría al logro de sus deseos. Antón, mientras daba al aire las notas del reclamo, briosas, enérgicas y enceladas, tenía clavados los ojos en el verde pracedillo que ante él se extendía lleno de hierbas, amapolas y margaritas. Al final lo limitaban unas espesas y altivas zarzas. ¡Por entre ellas habían de salir las sencillas aves sedientas de amor para tropezar con la sombría muerte...! Después de un buen rato de tocar, le contestó á lo lejos el claro y resonante canto de una codorniz. El sol se alzó tras los dentados picachos de una cercana sierra, y las últimas sombras parecieron correr cuesta abajo por la gigantesca gradería de rocas y ocultarse entre los selváticos matorrales y en las oquedades de los barrancos.

El cazador, nervioso ya y excitado, seguía tocando, y la codorniz, atraída por el traídor reclamo, se iba acercando cada vez más. Antón, tendiendo la vista y aguzando el oído, calculaba por dónde vendría, hasta que, cogiendo la escopeta, musitó:

—¡Ya debe estar junto á las zarzas...!

De pronto, abiertos los zarzales de un modo impetuoso, apareció un guarda. Tocando un reclamo como el de Antón, y riendo sarcásticamente, avanzó hacia el puesto, y cuando estuvo cerca de él, exclamó:

—¡Sal de ahí, pillán...! ¿Qué te parece la codorniz que te ha caído en suerte...?

José A. LUENGO.



# DE NUESTRO CONCURSO DE BELLEZA INFANTIL.



Dolores Espinosa Echevarría. Granada.  
Fot. Molina



Leonie Curut-net Sugrañes. San Sebastián.  
Fot. Wily Kock



Felisa Pelaz Hernández. Zamora.  
Fot. Costa



Paulino Bonilla. Madrid.  
Fot. Segura



María Hernández G. Bolaño. Madrid.



M.ª Teresa de la Torre y Hernández, Madrid.  
Fot. Kaulak



Ana M.ª del Río y Tubino. Mérida.  
Fot. Bocconi



Carmen López de Ceballos. Madrid.  
Fot. Kaulak



Berta Santa Soriano. Murcia.  
Fot. Ibáñez



Marina Grenouillon Ainsue. Madrid.  
Fot. Mena



Carmen de Córdoba y Córdoba. Madrid.  
Fot. Mena



Anita de Córdoba y Córdoba. Madrid.  
Fot. Mena



Conchita G. Béjar. Madrid.  
Fot. James



Ricarato Merino Gálvez. Madrid.  
Fot. Fernández



Presentación Hortelano Martínez. Madrid.  
Fot. Escudé



Luisita Silva Berroeta. Madrid.  
Fot. Napoleón.



Lolita Fernández Casado. Logroño.  
Fot. Muro.



Carlitos Fernández Casado. Logroño.  
Fot. Muro.



## LAS TRAVESURAS DE LUISITO

CONTINUACIÓN

Luis oyó pasos por el pasillo; comprendió que venían á ponerle en libertad. En sus grandes ojos negros se reflejaron todos sus pensamientos, y con la rapidez de un relámpago, metió las manos en el jarro del lavabo, se mojó la cara y se tendió en el suelo al lado de la piedra y de los cristales rotos.

Brígida abrió la puerta y llamó al niño; como no contestara, entró con los brazos extendidos para no darse un golpe, creyendo que se habría dormido; pero á los pocos pasos tropezó con un cuerpo, y sintió que un bicho la cogía las piernas. Medio muerta de terror, salió gritando y cerró la puerta con llave, para que el diablo no se escapase.

Fué tal el alboroto que armó, que la señora se decidió á abandonar su butaca é ir á ver lo que ocurría.

Mientras tanto, Luis brincaba loco de contento.

La madrina se acercó con precaución á la puerta, y dulcificando cuanto pudo su destemplada voz, llamó:

—Luis, Luisito, hijo mío, abre.

Un gemido muy prolongado contestó á su llamamiento.

—Anda, abre; te lo suplico—insistió la madrina.

Brígida se acercó temblando, y dijo en voz muy baja:

—Tengo yo la llave. ; Por los clavos de Cristo, no abra usted!

—No seas imbécil, y abre inmediatamente esa puerta.

Brígida se santiguó; hizo una cruz con el índice sobre la puerta, introdujo la llave en la cerradura y la dió vuelta con mano insegura, empujándola al mismo tiempo que se escondía detrás de su señora, que

con paso firme entró en el cuarto buscando á tientas la llave de la luz.

El ruido de unos pasos muy acompasados la detuvo varias veces, y un pie que se posó suavemente sobre una de sus manos la hizo dar un grito agudísimo. Quiso correr, pero tropezó con el cuerpo inanimado del niño, y se cayó encima de él. Entonces Brígida, sacando fuerzas de flaqueza, entró, deslizándose sin separarse de la pared; llegó á la cabecera de la cama, buscó la pililla de agua bendita, metió la mano, roció el cuarto, rezando entre dientes, y dió vuelta á la llave:

¡Qué horror! El cuadro que apareció ante sus ojos fué espantoso. Luis, rígido como un muerto, y bañado en un sudor frío, que hasta el delantal le había mojado, y la señora desmayada y sin peluca.

Con grandes esfuerzos consiguió levantarla y sentarla en el suelo, apoyada contra la cama. Trajo vinagre, se lo hizo oler y consiguió que volviera en sí. La pobre señora, cuando se dió cuenta de lo que la había ocurrido, se llevó una mano á la boca y otra á la cabeza, exclamando: —¿Dónde están mis dientes y mi peluca?

Brígida los buscaba sin acercarse al niño, que seguía estremeciéndose nerviosamente.

—Levántale, á ver si se me han caído y están entre su delantal.

—Pero... señora, ¿y si...?

—Vamos; no seas majadera, muévele; no ves que sin dientes y sin peluca no puedo quedarme.

Brígida obedeció; se acercó á Luisito, que á duras penas podía contener la risa; le hizo una cruz sobre la frente (él se estremeció), otra en la boca (segunda sacudida) y la última en el pecho, en virtud de la cual se incorporó, dando un profundo y prolongado suspiro.

—¡Ay, qué día!—dijo con voz muy débil.

—¿Y mis dientes? ¿Y mi peluca?—preguntó furiosa la madrina.

—Yo os lo explicaré todo: ha sido terrible; creí que había llegado mi última hora y la vuestra, porque me decía: “¿Dónde está la madrina? Abreme, que voy á buscar á Brígida.”

—Pero, ¿quién te decía eso?

—Una voz muy rara. Como que era un ser que andaba lo mismo por el espacio que por el suelo—repuso Luis escondiendo con disimulo debajo de la cama las zapatillas de que se había valido, con ayuda de las manos, para simular el ruido de pasos y hacer creer á la madrina que un ser intangible se paseaba por el espacio.—Luego, cuando te caíste sobre mí, le vi quitarte la peluca y los dientes; pero como yo no podía moverme, nada pude hacer, y gracias á Brígida, que con sus cruces y el agua bendita le ha hecho huir, nos hemos salvado; si no, quizá estaríamos á estas horas todos muertos.





# FABULAS ESCOGIDAS

## EL IBIS, LA CORNEJA Y EL VIAJERO

(PILPAY) (1)

Un ibis y una corneja  
se posan sobre el ramaje  
de un árbol, cuyo follaje  
al sol penetrar no deja.

En un día de calor,  
por gozar su fresca sombra,  
al pie, sobre verde alfombra,  
descansaba un cazador.

Arco y flechas á su lado,  
mostrando prudente empeño  
colocó, y en dulce sueño  
quedó á poco aletargado.

El sol su curso seguía,  
tiñendo su luz dorada  
lo que bajo la enramada  
antes en sombra yacía.

Para evitarle el calor,  
el ibis, compadecido,  
tendió sus alas, sin ruido,  
sobre el pobre cazador.

Mas la corneja, en ultraje,  
arrojóle un excremento,  
abandonándose al viento  
que columpiaba el ramaje.

Vuelto en sí, tan sólo vió  
al ibis, que la luz baña,  
y achacándole la hazaña  
de un flechazo lo mató.

JAIM<sup>ES</sup> MARTI-MIGUEL.

(1) Se escribe también Pilpay y Bidpai, y es el más célebre fabulista de la India antigua. Sus fábulas forman parte de la colección de *Los libros sagrados del Oriente*, publicados bajo la dirección del ilustre Max Muller.

## FRAY BENITO JERONIMO FEIJOO

El gran Macanaz, que instruía en cosas de gobierno al Soberano y sus ministros para formular buenas leyes, necesitaba que un singular talento completara su obra, enseñando á discurrir á los particulares con el fin de que, mejorándose las ideas, se facilitaran las reformas.

Quien acometió tan magna empresa no fué otro que el monje benedicto padre Feijóo. Había nacido en Casdemiro (Orense) el 8 de Octubre de 1676, y dedicando desde niño las mejores horas de su vida, con perseverancia digna de todo aplauso, al estudio de todos los ramos del saber, descolló en ellos de modo que causó general admiración. Puso todo el anhelo de que es capaz un alma expansiva y una ambición recta en que España estuviera en contacto intelectual con Europa, loando en sus escritos la sabiduría y señalando los senderos para alcanzarla, corri-



giendo populares errores, quitando supersticiones á la sociedad; fustigando la falsa religión de los que, sin dejar de practicarla, cometen toda clase de maldades; ridiculizó los mentidos milagros, se alzó contra quienes creen en brujas, hechizos y duendes; contra los que fanatizan y hacen depender las cosas de los días críticos y de la influencia de los eclipses y cometas.

Su genio, regenerador é ilustrado, tenía alguna semejanza con el de San Isidoro: no le importaban las iras de los que desean que las cosas no cambien de lugar para seguir disfrutando cómodamente su posi-

cion, ni tampoco caer en gracia ó desgracia de los que todo lo pueden; iba tras la regeneración de su país y la realizaba con esa independencia que brilla en todos los actos de los varones que nada quieren, ni piden, sino el bien, la justicia y el triunfo de la virtud. Los monjes de su Orden tenían por él gran veneración, el pueblo le quería, las clases ilustradas lo tenían por maestro, y el Rey Carlos III lo distinguió como el gran Monarca solía hacerlo con cuantos en sus estados salían y eran hombres de excepcionales prendas. Enemigo acérrimo de que el mérito y aun la fortuna de un individuo hiciera gloriosa toda una descendencia, rindió homenaje á cuantos conquistaban, sin otro título que el propio esfuerzo, lugar preeminente en la sociedad. En cuantos litigios se suscitaron en su tiempo entre la Corona y el Estado Pontificio, se mostró siempre de parte del Monarca, llegando á sostener que, fuera de lo espiritual, es libre el pensamiento para examinar todo género de cuestiones.

Macanaz, de quien hablaremos otro día, fué uno de los más entusiastas admiradores del benedictino gallego; contaba que, cuando llegó á sus manos el primer tomo de las obras de Feijóo, se lo leyó en una sola noche. Felipe V, bajo cuyo reinado el sabio monje alcanzó la cumbre de la celebridad, lo estimó señaladamente, y su sucesor, Fernando VI, el buen Rey, lo hizo consejero honorario. La labor literaria y científica de este maestro ha tenido toda la fama y nombradía que justamente merece; se distingue en nuestra literatura por ser el más alto representante del *sentido común*, entendiendo esta palabra como debe entenderse: es un hombre todo raciocinio y discurso, todo lógica.

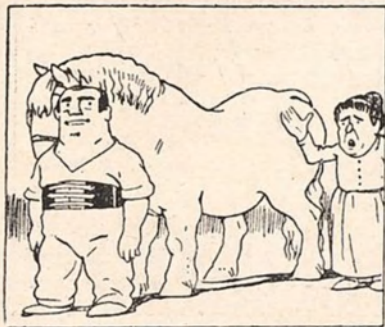
Sus obras *Teatro crítico universal* y *Cartas eruditas* dan á conocer lo extenso de su cultura y lo bien que sabía transmitirla y comunicarla en lenguaje de expresiva y nerviosa incorrección. Era un polígrafo aménisimo y un verdadero apóstol de la libertad, y ningún espíritu moderno y libre negará su acatamiento y su culto á un hombre como el padre Feijóo, quien más y mejor que ningún otro escritor de su tiempo, y tal vez de los posteriores, contribuyó á emancipar todos los espíritus de la servidumbre en que se hallaban. El ilustre gallego vino á ser nuestra *Enciclopedia*, acomodada al modo de ser y al carácter español en el siglo XVIII, con fe en lo divino y en lo humano, que es precisamente todo lo que le faltaba á la francesa.

Feijóo, como Macanaz, sabios laboriosísimos, se adelantaron á sus contemporáneos de más luces en el empeño de sacar á España de su letargo y de impulsarla hacia las mejoras materiales é intelectuales.

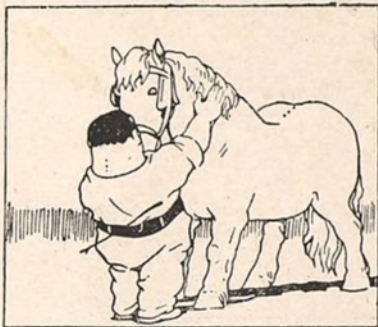
Los dos eran doctos, buenos, católicos y fervorosos, y, sobre todo, patricios á quienes la historia nacional dedicará siempre flores de inmortalidad y de gratitud. El célebre monje, desde su celda de Oviedo, difundió sus conocimientos y toda la lozanía de su inteligencia por España, hasta el 26 de Septiembre de 1764, que murió tan santamente como había vivido.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

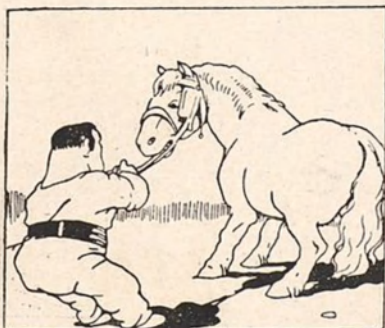
## TODO SE APROVECHA



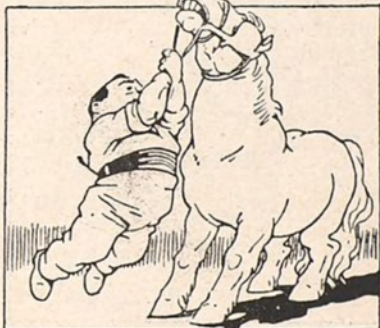
— ¡No te montes...! — Que no, señá Crispina!  
(verás cuando llegemos á la esquina).



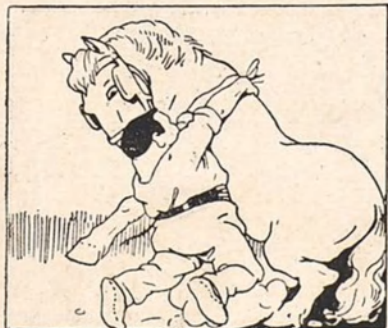
Ya estamos en buen sitio, coaque ¡alto!  
aguarda, que me suba dando un salto.



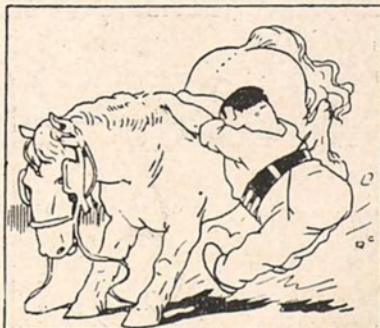
¿Qué es eso, ya salimos con que no?  
Fues vas á ver animalito. ¡Sooo!



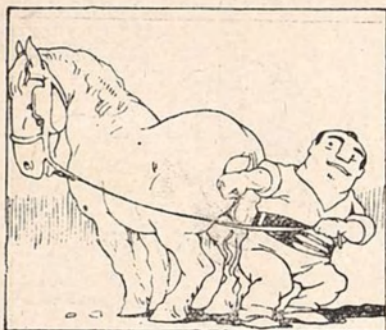
¿Me «aupas»? Pues mejor, yo no me rindo,  
vamos á divertirnos de lo lindo.



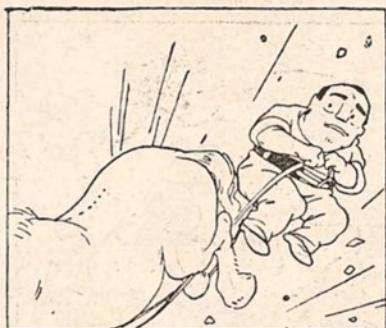
¡Hola, hola! ¿Brinquitos hacia atrás?  
pues espera, que ya me lo dirás.



¿Ahora coces? Pues bueno, patalea,  
me has dado sin querer la gran idea.



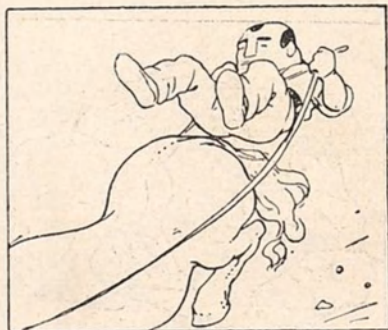
¡Repite; aquí te aguardo sin temor  
tus patas van á ser buen «ascensor».



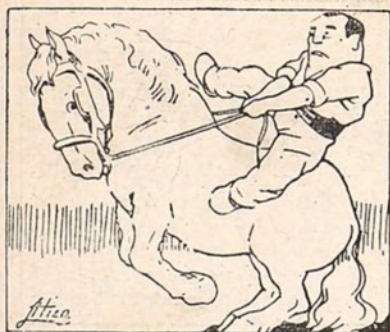
¡Adiós! Desaparezco por el foro...  
¡Duro! y ¡hasta más ver, «caballo moro»!



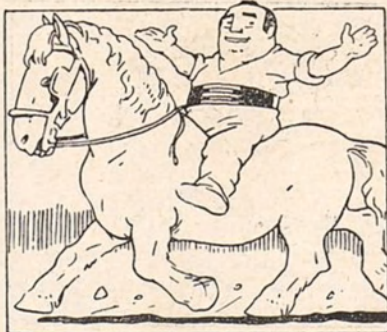
Así me gusta... ¡mi; mucho coraje,  
que no hay cosa mejor para este viaje.



Ya estoy como quien dice en «la estación»;  
¡esto sí que es volar! ¡Oh la aviación!



Es inútil que botes y relinches;  
va estoy montado para que «te chinces».



Hasta un «par de patás...» aprovechado  
puede ser de excelente resultado.